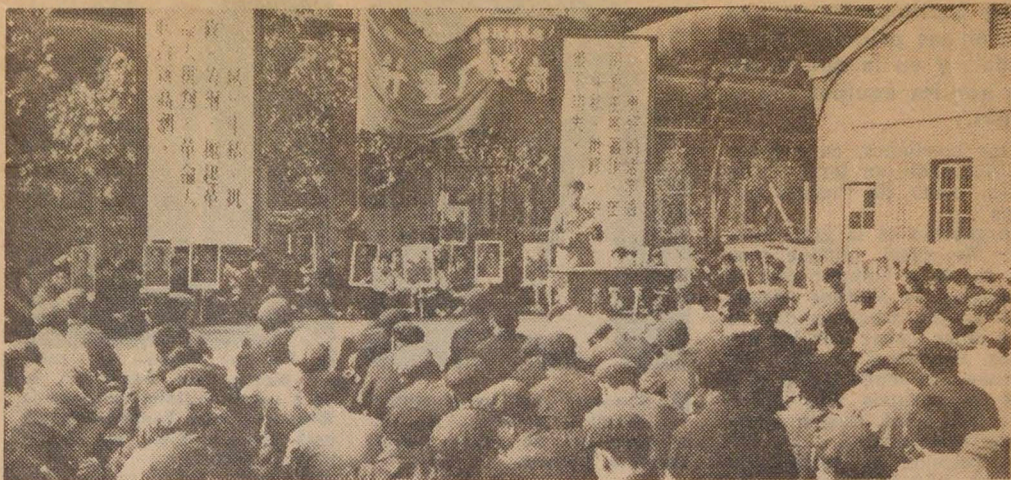


Oradores aficionados



■ En algunos países orientales existe el cargo de Orador Oficial. Es un alto puesto dentro de la Administración Pública, al que se llega tras no pocos estudios y después de haber probado el postulante su total idoneidad. La principal función del Orador Oficial es, obviamente, decir los discursos necesarios para cada ocasión.

La existencia de tal cargo dentro de la burocracia oficial significa no pocas ventajas. Una de ellas es la automática eliminación de los oradores aficionados; otra es que, cuando se ve levantarse de su asiento al orador oficial, todos saben que es el momento indicado para ir al baño, salir a fumar o echarse su siestecita. Con el Orador Oficial no existe la posibilidad del ataque a mansalva a que estamos expuestos los habitantes de los países occidentales que carecen de tan útil como noble institución.

Quintiliano dice que "se nace poeta, se llega a orador", queriendo significar que la oratoria no es un don del que está provisto naturalmente el hombre y que se adquiere después de estudio y esfuerzo. Siguiendo este criterio, durante siglos la oratoria fue una asignatura importante dentro de los estudios humanísticos. Aún en nuestros días, las clases de oratoria están incorporadas a los programas educacionales de países más evolucionados que los nuestros. Nosotros, con un dudoso pragmatismo, hemos eliminado este aprendizaje con las consecuencias que todos, quien más quien menos, tenemos que soportar.

El orador aficionado es un sujeto capaz de arruinar cualquier cosa, desde la alegría que impera en una despedida de soltero hasta el dolor de un funeral. Curiosamente este entusiasta aficionado, siempre nos dirá en un discurso de presentación "que la personalidad del conferenciante no necesita presentación", en un festejo cualquiera, "que no encuentra palabras para expresar su emoción" y en una cena de despedida nos informará solemnemente que quien se va "deja un vacío muy difícil de llenar", para terminar recordando que "partir es morir un poco".

De todos los oradores espontáneos, el peor es el aficionado a las oraciones fúnebres. Da la impresión de que siempre está merodeando en los cementerios para, en el momento preciso, asaltar a los deudos con un "sentido

discurso de dolor". La solemnidad del momento le asegura la impunidad y si bien no puede aspirar al premio de los aplausos, que no se estilan en el carposanto, tiene la seguridad de no ser objeto de rechiflas y de ser escuchado reverentemente. Tengo un pariente que, aquejado una vez de grave enfermedad, me llamó hasta lo que él creía su lecho de muerte para pedirme un último favor. "No dejes que Fulano hable en mis funerales". Pero como no estaba seguro que yo fuera capaz de impedir el necrófilo entusiasmo oratorio de Fulano, se mejoró. Creo que el miedo de que Fulano hable en sus funerales es lo que lo mantiene aún con vida.

Quien sigue al orador fúnebre, en peligro, es el orador de banquetes. Por exquisito que esté el menú, el asistente a un banquete no puede darse al placer gastronómico ante la certeza de que, a los postres, deberá someterse a la tortura de los discursos. Ninguno de estos comensales parece tener la fuerza de voluntad que, en los legendarios tiempos del circo romano, exhibió un león africano. Se cuenta que en una oportunidad en que los romanos —a falta de televisión— se entretenían viendo cómo las fieras se comían a pobres cristianos, presenciaron un hecho insólito. Cuando el león estaba a punto de echarse encima de su víctima, ésta se las arregló para decirle algo al oído. De inmediato, el león bajó la cola, perdió su agresividad y rehusó comérselo. El emperador hizo llamar al cristiano que así había procedido y le prometió perdonarle la vida si le decía qué era lo que le había dicho al león, para que éste renunciara a tan apetitoso banquete. "Muy sencillo —contestó el cristiano—, le dije que después de comerme tendría que oír una decena de discursos".

Para aminorar los desastrosos efectos que producen los oradores aficionados, propongo que en restaurantes, cementerios, salones de actos y otros sitios aptos para discursos, sea obligatorio colocar carteles en los que se reproduzca este sabio consejo que Winston Churchill dio una vez a Lord Halifax, quien pasó a la historia como un gran orador:

"Di lo que tengas que decir y cuando llegues a una frase que termina con un punto gramatical, siéntate".